

Palabras del Presidente de la República, José Mujica, correspondientes al 4 de noviembre de 2014.

Un gusto amigos, poder saludarlos a través de este espacio y comentemos, para empezar hoy, que en este año, en el 2014, las 85 personas más ricas en este nuestro planeta, según estudios serios hechos, en términos redondos tienen la misma riqueza que la suma de todo lo que puede tener la mitad de la humanidad más pobre que vive en esta, nuestra tierra.

Estas 85 personas durante el 2013 y el 2014 no solo eran ricas, sino que fueron aumentando su riqueza globalmente —los 85— a una tasa de seiscientos y pico de millones de dólares por día.

Esto establece alguna de las reglas básicas del mundo que nos toca vivir. Si el señor Bill Gates quisiera gastar su riqueza y gastar un millón de dólares por día, se analiza que precisaría alrededor de 220 millones de años para liquidar su fortuna a un millón por día. Pero en realidad, aún con bajísima tasa de retorno por la masa de dinero que tiene, a un 2 % anual, tendría cuatro millones y pico de dólares por día, así que tampoco podría terminar con su fortuna.

¿Por qué decimos todo esto y mucho más que habría que decir? Habría que decir que ha crecido enormemente la cantidad de gente en los últimos años, no anda muy lejos de 2.000, la gente que en este planeta tiene más de mil millones de dólares, está por encima de los mil millones de dólares.

Esto ha surgido en momentos de crisis en Estados Unidos y en Europa. ¿Qué está pasando? La desigualdad económica extrema está como disparada en todo el mundo, particularmente en los últimos 30 años y es uno de los mayores problemas económicos, sociales y políticos que enfrenta este todo en nuestro tiempo: la desigualdad extrema, la desigualdad ofensiva, escandalosa.

Lo más curioso es que mientras la economía tiende a crecer y crecer esa desigualdad y esa distancia no se amortigua entre ricos y pobres, sino que esa distancia tiende a multiplicarse. Pero no es parejo esto en el mundo entero, ha sido un sacudón tremendo a los países centrales pero no es lo mismo Estados Unidos que Suecia. Diríamos Suecia o Noruega o Dinamarca son hoy el sueño americano, entre comillas, ¿en qué sentido? países en donde la redistribución del ingreso, sin ser igualitaria, tiende a ser bastante equitativa y entonces se alejan las vergüenzas sociales y aumenta la estabilidad de la sociedad, lo que quiere decir que hay un problema político en todo esto.

Los hechos demuestran que cuando la desigualdad económica es extrema el crecimiento no es duradero porque el crecimiento futuro se ve debilitado por la caída interna del mercado y por las consecuencias sociales que tiene la desigualdad.

Aquel argumento de que el crecimiento justificaba no enfrentar la desigualdad está quedando atrás. Muchas veces el crecimiento económico ha sido una fuente de crecimiento para pocos y, a veces, grandes masas de países en donde la economía ha crecido no han palpado las mieles que puede significar ese crecimiento. Esto genera múltiples contradicciones en una sociedad

Vayamos a la causa y la causa en todas partes es, definitivamente, que el auge de priorizar que el mercado por si solo es el gran distribuidor de todo es lo que abre la puerta a esta brutal concentración.

No quiere decir que el mercado no sea importante, lo que quiere decir es que la política tiene que establecer prioridades y empujes redistributivos que aseguren estabilidad creciente a la marcha de la economía, de la mano de la redistribución de la riqueza.

Este es uno de los ejes mayores de discrepancia que puede existir, hay gente, gente honrada, que piensa bien y que no necesariamente es malvada ni nada por el estilo, pero tiende a minimizar las consecuencias que tiene la honda pobreza en una sociedad

La imagen es como un náufrago. Podemos sentir que salvamos a un náufrago porque le tiramos un salvavidas. No, no lo hemos salvado de ninguna manera, apenas podrá flotar un poco. Si no le tiramos un cabo para que lo agarre y enrede con fuerza y lo remolcamos para subirlo a bordo, con todos los sacrificios que puede significar, nunca pensemos que un náufrago en el océano por flotar está salvado.

De la misma manera, el proceso de arrancar a la gente de la pobreza crónica no se arregla de la noche a la mañana, con una mera acción voluntarista o con una transferencia de ingreso aquí o allá. Es un largo proceso de rescate y que estará culminado cuando la otra generación entre a tener claves de inclusión y culturales muy distintas a las de sus progenitores. Hasta tanto no está terminada la obra de rescate, porque la pobreza también es una cultura y es una pérdida de confianza en sí mismo.

Muchas personas consideran que un grado de desigualdad económica es recomendable y es aceptable siempre que se tenga la puerta abierta a aquellos que estudian y trabajan con dureza para lograr éxitos y para poder aumentar su riqueza.

Esta es una cosa que pensamos, común y corriente, y tiene una parte inequívoca, de verdad, pero allí donde la pobreza y la desigualdad —sobre todo la desigualdad extrema— se arrastra en forma contumaz desde el punto de vista práctico es cada vez más difícil la movilidad social. A esos pobres sucederán hijos pobres que reproducirán lo que vivieron, a los hijos de los ricos

sucedirá gente rica. La sociedad queda como estatificada con segmentos sociales congelados.

Estos hechos pueden parecer secundarios o traídos de los pelos pero recordemos que nos toca vivir en el continente más desigual que hay arriba de la tierra y que en ese continente el Uruguay por tradición es el país más igualitario, pero aún siéndolo, está lejos de los más retrasados de Europa en materia de igualdad.

Por otra parte, también señalemos que a partir del 2007, como consecuencia de un conjunto de políticas tanto fiscales (que pague más el que tiene más) como sociales o políticas, como la reconstrucción de los Consejos de Salarios, el aumento de la redistribución en el Uruguay hizo aminorar y frenar la tendencia a la desigualdad y esto no quiere decir que este fenómeno esté terminado, sino que frente a este fenómeno hay que estar en guardia.

Lo que se llama el Índice de Gini, que es un índice inventado para medir las diferencias en el seno de la sociedad, ha mejorado notoriamente a favor del pueblo en el Uruguay, pero no fue un regalo de los cielos, no cayó por un gesto iluminado del Espíritu Santo, es consecuencia de un conjunto de políticas.

Ayer nomás, sentíamos la discusión de por qué una franja de jubilados alta, 18 % de la masa de todos los jubilados paga un algo. Y sí, paga un algo porque ello contribuye a temperar ciertas prestaciones sociales de los pensionistas y jubilados más pobres, más humildes, es parte de esta política que busca una relativa redistribución

Lo propio nos pasa con los impuestos, con el Impuesto a la Renta. Si me descuentan 40.000 pesos por mes es porque tengo un sueldo y un ingreso importantísimo y más que quejarme tendría que festejar si comparo con esa inmensa faja del pueblo uruguayo a la que no le descuentan nada porque no llega al mínimo imponible.

Acá, frente a estos problemas el Estado no puede ser neutral, tampoco puede ser abusador, pero hay que entender que si el Estado no tiene una actitud activa que obligue a la redistribución parcial de la riqueza, la masa de ciudadanos postergados y pobres que van quedando es cada vez más grande y, lo peor, tiende a repercutir en el todo de la sociedad.

Hay una enorme correlación entre desigualdad extrema y baja movilidad social, pero además hay una relación entre desigualdad y proliferación del delito.

De las cincuenta ciudades más inseguras del mundo, cuarenta casi están en América Latina que, vuelvo a repetir, es el continente más injusto. Ha habido en esta, nuestra América Latina, en la última década cerca de un millón de asesinatos, pero también las cifras de desigualdad son dolorosas y si bien el

Uruguay se puede sentir orgulloso en el sentido de que por tradición y por realidad hoy es el más igualitario, de todas maneras no lo somos más por la existencia de políticas deliberadas, porque las grandes diferencias de renta son, tal vez, la principal amenaza en el mundo para los próximos tiempos.

Sobran las pruebas que demuestran teóricamente que la desigualdad económica está vinculada a un conjunto de problemas sociales, sanitarios, como las enfermedades mentales, los delitos violentos. Esto acontece en países ricos y en países pobres y repercute en todas las personas, incluso en los ricos.

Entonces, esto es parte de los caminos políticos, se nos puede achacar la lucha por un Estado de bienestar, no lo negamos, pero a la larga la mejor convivencia y la mejor sociedad, uno de los signos inequívocos que debe de presentar, es una sociedad generosa en el reparto para sus hijos.

Naturalmente que tienen que haber diferencias naturales en quien más se esfuerza pero una cosa es el esfuerzo gravitante de carácter personal y calificado y otra cosa la multiplicación de la acumulación de riquezas, que termina además influyendo inequívocamente, directa o indirectamente en las decisiones de poder.

La concentración excesiva de riqueza es un fermento antidemocrático, no solo por las consecuencias sociales que tiene, sino por las consecuencias políticas en el largo plazo, porque sustituye a la democracia por una plutocracia.

Estos ejemplos cada día están más claros, pero todo esto es una marcada consecuencia de eso que se puede llamar fundamentalismo del mercado, ese mercado que nunca puede prestar atención a la distribución de los ingresos, ni a la idea de una sociedad más justa.

Si bien los hombres adentro llevamos un aire de la competencia, también llevamos un ángel mayor que tiene ansias de mayor equidad, de mayor justicia, de mayor igualdad en el transcurso de nuestras vidas y creo que estas son cosas que eligen los hombres en el rumbo de decisiones que pueden tomar hacia un lado y hacia otro.

Por lo tanto, no son caprichos autónomos de la economía, sino que es cuando la economía pasa por la mira de la política.